

ros directos, le tocaba heredar también el ducado de Luxemburgo. Carlos IV, diplomático incansable, á fin de evitar el cisma que amenazaba á la Iglesia con la vuelta de Gregorio XI á Roma, puso su influencia personal al servicio de este papa y pasó como apoderado suyo á la corte de su sobrino Carlos de Francia. Poco despues de su regreso de Francia murió, el 18 de noviembre de 1378, en su capital Praga, que tanto le debía.

Muerto Carlos IV, quedaban sus obras, pero faltaba saber si este monarca, diestro en las artes de la diplomacia, con su política de balancin, con sus mediaciones y remiendos, suavizando asperezas, calmando antagonismos y conciliando intereses encontrados que exigían perentoriamente soluciones definitivas para evitar nuevos conflictos, reclamaciones y protestas, había llegado á crear algo sólido y duradero, ó si solo había detenido sucesos y conflictos que, acumulando fuerza, debían volver á presentarse mas ó menos pronto y mas perniciosos que nunca. No tardó en manifestarse la realidad terrible, rasgando el velo engañoso que cubría la parte endeble de la obra de Carlos IV y dejando ver la irremediable descomposición progresiva del imperio.

#### CAPITULO V

LA TRANSFORMACION INTERIOR DEL IMPERIO Y LAS NUEVAS CREACIONES POLÍTICAS EN EL NORTE Y ESTE

(1378-1397)

El emperador Carlos IV, siervo del papado que sacrificó sin escrúpulo los derechos sagrados que Alemania había conquistado en tiempo de Luis el Bávaro, no llegó jamás á ser popular ni mucho menos amado en Alemania, porque el carácter de su política y el de su gobierno se oponían á ello; pero considerado desde el punto de vista de la historia general, resulta, con sus artes y habilidades diplomáticas y sinuosas, representante típico de todo un período de la vida de la humanidad: el de la transición de la Edad media á la Edad moderna. Carlos IV no tenía nada ya de la primera, ni la fuerza tosca, torpe y á menudo muy ruda que distinguía á la mayoría de los príncipes, aun de los mejor organizados y en cierta manera superiores de la Edad media, ni la tendencia vagamente romántica y fantástica que prevalecía en la Iglesia como en las entidades políticas colectivas. En Carlos IV y en su política vive ya el genio del Renacimiento, que imprimió á este monarca y á sus obras su sello característico. En el carácter desapasionado, frío y hasta cierto punto despreocupado de Carlos IV se nos presenta en su forma mas natural y elemental el espíritu flexible de la Edad media, cuyo representante clásico es Maquiavelo. Carlos IV se hallaba colocado en la línea divisoria de dos eras. Intelectualmente participaba de la ilustración engendradora por el Renacimiento, que había roto con los antiguos conceptos políticos y eclesiásticos para explotar en su beneficio propio, armado de los recursos modernos y persiguiendo propósitos también modernos, las personas y las cosas sumidas todavía enteramente en la Edad media. Este inteligente monarca, anticipándose á la sociedad y á la época en que vivía, encontró á cada paso, en medio del desmoronamiento del vetusto y gastado mundo político y social, ocasión ora de detener, ora de acelerar este desmoronamiento, pero siempre en beneficio de su casa.

Esta línea divisoria de dos eras con sus principios, ideales y personajes distintos, se manifiesta claramente en el decenio que comprende el último período de la vida de Carlos IV. En 1377 murió Eduardo III, el representante de las glorias de la Edad media en Inglaterra. A últimos de

marzo de 1378, pocos meses antes de morir Carlos IV, expiró en Roma Gregorio XI, el último papa reconocido por toda la cristiandad. A su muerte estalló el gran cisma de Occidente, cuyos efectos perniciosos se trasmitieron hasta muy lejos; y la cuestión de la reforma de la Iglesia se imponía cada vez con mayor fuerza y se hacía ineludible, pues que era la cuestión decisiva del porvenir. Con la muerte de Carlos V de Francia, sobrino del emperador Carlos IV, de índole parecida á la de su tío y una de las columnas maestras del nuevo orden político y social, que iba anteponiéndose en la Europa occidental á la caduca Edad media, comenzó una era de guerras nacionales en el Oeste que amenazaban ahogar el nuevo orden de cosas. La Alemania, en lugar de lograr la paz, el orden y el robustecimiento de su autoridad como potencia política que debía haberle dado la bula de oro, recayó en el estado caótico de siempre á consecuencia de la oposición general que provocó la preferencia dada por la bula de oro á los príncipes electores; y mientras en el interior ardía la guerra de todos contra todos, en el Norte y Este se formaron nuevas agrupaciones políticas que amenazaban acabar no solo con la influencia sino con el poder territorial de Alemania en aquella parte de Europa, donde desde mucho tiempo los reyes alemanes no tenían ya autoridad ni se sentían los efectos de su política desde que la orden teutónica y la hansa ó liga anseática, potencias casi independientes, representaban y defendían en aquellas regiones el honor nacional y los intereses económicos de Alemania. Allí empezaban á agruparse contra la Alemania sus adversarios hasta entonces aislados y amenazaban arrebatar á este país su influencia y preponderancia en el Norte y Este, donde habría podido indemnizarse ampliamente de sus derrotas en el Oeste y Mediodía de Europa. La incorporación de la Lituania á la Polonia, en el reinado de Ladislao IV Jagelon, acabó con el poder de la orden teutónica, y la reunión de los tres Estados escandinavos en uno solo en 1397, por el pacto llamado «la union de Calmar», amenazaba arrebatar á la liga anseática, es decir, á Alemania, el dominio del Báltico. A estas derrotas se agregó poco despues el movimiento husita en Bohemia, mas nacional y social que religioso, dirigido contra la Iglesia y contra la preponderancia de Alemania, y que armó á todos los eslavos contra el dominio alemán. Allí, en el Norte y el Este, tan olvidados por los gobernantes del imperio, y no en el Mediodía y el Oeste, era donde hubiera debido concentrarse la política alemana, pues allí estaba el porvenir de Alemania.

En el apogeo de la Edad media alemana la nación había podido atender con éxito mas ó menos feliz, gracias á su especial organización militar, á los dos intereses capitales: en el Sur la conservación de la autoridad é influencia de la corona imperial, y en el Norte y el Este la extensión de su poder y de la civilización alemana. La división de fuerzas á que estos dos intereses obligaban produjo sus efectos perjudiciales en la forma de graves crisis interiores y otras vicisitudes en los reinados de Oton II y Oton III, y ocasionó pérdidas territoriales en el Norte en tiempo de Federico II; pero á medida que la descomposición del imperio adelantó, se hizo completamente imposible atender á los dos teatros de acción. Los potentados del Mediodía de Alemania continuaron buscando el porvenir al otro lado de los Alpes, y los del Norte se negaron á seguir por mas tiempo las tendencias que prevalecían en el Mediodía, como ya lo habían hecho cuando la segunda cruzada. No tuvo otro origen el conflicto entre Enrique, apodado el Leon, y el emperador Federico I. Esta disparidad había hecho grandes progresos á fines de la era de los Staufen; el Norte y el Sur se habían separado uno de otro; su union era meramente nominal y

carecía de todo lazo de familia. Hasta el desarrollo político había tomado en la Alemania del Norte un derrotero distinto que en la del Sur. En el Mediodía y en el Oeste se había desarrollado el sistema feudal, consecuente con su espíritu, sobre el cual estaban fundadas la constitución del imperio y las relaciones entre sus partes componentes. Esta aplicación consecuente del principio feudal había dado por resultado una continua subdivisión territorial en aquellas regiones; la mayor parte de los señores eran, por supuesto, vasallos directos del imperio, pero por efecto de la impotencia de éste, eran también casi completamente independientes y celosos de su poder soberano, no consintiendo que otros Estados mayores ó federaciones de Estados cobrasen preponderancia. Por otra parte, la extrema subdivisión territorial creó una increíble multiplicidad de intereses que se cruzaban, se embrollaban y producían innumerables conflictos, y luchas intestinas entre los señores y entre éstos y los demás estamentos; porque cada señor territorial, por reducido que fuese su territorio, trataba de extender su poder soberano sobre los otros miembros directos del imperio, ora fuesen nobles, ora ciudades, vecinos suyos ó enclavados en sus dominios. Estos interminables conflictos y luchas imprimieron un sello especial á fines del siglo XIV al desenvolvimiento general de los territorios alemanes del Sur y muy particularmente al de los que estaban subdivididos hasta lo infinito. Estas contiendas, que en sí no ofrecen ningún interés, influyeron, no obstante, poderosamente en el desarrollo político general de todo el país.

En el Norte y Este no había llegado el mal á este extremo. Los territorios entre el Saale, el Elba y el Oder habían sido conquistados por señores y príncipes alemanes que con sus recursos y sus mesnadas y las de sus vasallos, en continuas luchas contra los eslavos, ensancharon las fronteras de Alemania por aquel lado, en prueba de lo cual basta recordar las conquistas de los Ascanios en el Brandeburgo, las de los Wettin en la cuenca del Saale y sobre todo las de los Güelfos (1), y el primero de todos Enrique el Leon en el Bajo Elba. Todas estas casas habían organizado los territorios así ganados sin el concurso del imperio, como conquistas propias; y á excepcion de las casas conquistadoras y de sus vasallos, no había en aquellos territorios ni señores ni ciudades que fuesen vasallos inmediatos del imperio. Los condes de los nuevos condados formados por los conquistadores eran vasallos de éstos, y hasta los obispos recibían sus temporalidades del dueño del territorio y no del rey de Alemania. Los habitantes de las ciudades y los labradores eran unos y otros colonos llamados de Alemania, que nada tenían que ver con el emperador ni con el imperio. En fin, estos territorios fueron organizados desde el primer día de la conquista monárquicamente y conservaron siempre este carácter. Por lo demás, el Norte y Este de Alemania estuvieron siempre muy por encima del Sur y del Oeste en concepto de centralización política, de administración organizada uniformemente y de personal administrativo sin pretensiones feudales. En aquellos países del Norte y Este, cuya extensión no estaba interrumpida por territorios grandes ó pequeños independientes, ó lo que era lo mismo, dependientes directamente del imperio, y cuya población, dividida en las clases sociales de aquella época y uniformemente gobernada, obedecía sin diferencia de categorías al mismo soberano, se reconoció desde un principio una autoridad suprema única, y se formaron también las primeras monarquías y Estados alemanes. Es decir, que allí se hizo en pequeña escala lo que Carlos V en Francia, y no faltaron

(1) La casa de Brunswick.

tampoco á las pequeñas monarquías del Norte y Este de Alemania conmociones análogas á las que experimentó la gran monarquía francesa. Aquellos territorios y las familias soberanas que los organizaron interiormente segun el principio monárquico, contenían ya en sí el porvenir de Alemania como potencia política, mientras el Mediodía y el Oeste se iban descomponiendo en átomos.

Lo mas importante para el porvenir de Alemania fué que en el Norte las ciudades no fueron víctimas de la bula de oro; y si también hubo allí conflictos entre éstas y los príncipes, la lucha de intereses no llegó al extremo á que llegó en el Sur y Oeste en la segunda mitad del siglo XIV, con sus interminables guerras intestinas, que tan fatales fueron para el desarrollo de la civilización alemana. En el Norte y Este los soberanos y las ciudades se necesitaban mutuamente por razones políticas y económicas para luchar con sus vecinos extranjeros, porque unos y otras solo podían contar con sus fuerzas propias para defender sus intereses desde que Federico II había comprado su reconocimiento del rey de Dinamarca cediéndole sin escrúpulo los territorios del imperio al otro lado del Elba. Allí, pues, los intereses nacionales alemanes fueron defendidos sistemáticamente y con mejor éxito que en otra parte alguna. Cuando el astuto Carlos IV explotaba en beneficio de su casa, y con la habilidad de un diplomático moderno, las situaciones y relaciones mas diversas y mas opuestas, empleando toda suerte de artificios, en el Norte las ciudades en union con los príncipes seguían una política enteramente nacional que tenía algo de grande é imponente y que alcanzó notables resultados, al mismo tiempo que en el Este la orden teutónica observaba una conducta análoga. A la liga anseática y á la citada orden se debió que en aquella época el nombre alemán quedara á la debida altura, y que aquella region de Alemania no fuera ya entonces víctima de las asechanzas de Dinamarca y de Polonia.

La liga anseática, formada en un principio, como tantas otras ligas de ciudades en Alemania, para la protección y seguridad mútua de sus ciudadanos y de su comercio, llegó á ser una potencia mercantil, y hasta política; sus centros eran Hamburgo, Lubeck y Brema, que representaban el comercio del mar del Norte y del Báltico. Hamburgo y Brema comerciaban con las ciudades de los Países Bajos y con Inglaterra, y Lubeck primero con las islas dinamarquesas, con Suecia y Noruega, y luego, siguiendo su propia costa, con las ciudades de Pomerania, de la antigua Prusia hasta la Livonia y la Estonia. Al Sur contaba la liga con ciudades asociadas, desde el Este al Oeste hasta el centro de Alemania. Bajo la protección de la imponente fuerza defensiva de la liga, comerciaban todas las ciudades asociadas observando las prescripciones generales convenidas y manteniendo poderosas factorías en países extranjeros. Una de las mayores y acaso la mas importante era la de Londres, que con su propio embarcadero, edificios, depósitos y oficinas componía toda una ciudad, protegida con amplios privilegios concedidos por diferentes reyes de Inglaterra. Otra gran factoría tenía la liga en Brujas, donde cambiaba los productos del Norte por los del Sur y del Oriente, para los cuales era entonces Brujas el centro comercial mas importante. Para el comercio propio del Norte era Wisby el mercado principal, y de su prosperidad dan todavía hoy elocuente testimonio las ruinas de sus iglesias y de sus fortificaciones imponentes. Allí tenía la liga sus depósitos de los géneros destinados á Suecia, Livonia, Estonia y el interior de Rusia, y poseía además otra factoría en Nowgorod protegida por el soberano de Rusia, que le había concedido los privilegios de costumbre.